

NEREA PASCUAL

AMOR FUERA de SERIE



NEREA PASCUAL

AMOR
FUERA
de SERIE

matchstories

Nota de la autora

Antes de empezar a leer, me gustaría dedicaros unas palabras.

Si sois nuevas por aquí, es decir, si es la primera vez que vais a leer una de mis novelas, bienvenidas, y gracias por querer dedicar vuestro preciado tiempo a leerme. Espero de corazón que la disfrutéis.

Para quienes leyeron mi primer libro, *Cuando el cielo se vuelva amarillo*, también tengo algo que deciros. ¿Cómo iba a olvidarme de vosotras?

Lo primero, gracias por el cariño que ha recibido y sigue recibiendo cada día desde que se publicó. Por todo ese apoyo me he sentido capaz de volver a escribir. Sin vosotras, sin cada mensaje, cada reseña, cada vídeo..., nunca habría perdido el miedo a seguir haciendo algo que me llena. De nuevo, gracias por brindarme la oportunidad de continuar escribiendo.

Por otro lado, quiero comentar que con esta novela no necesitaréis «clínex y psicólogos» (expresión que he oído en firmas y leído en miles de comentarios). Con esta historia me he reído, he disfrutado y, sobre todo, he desarrollado mi lado más creativo, cosa que disfruto muchísimo como buena piscis que soy. Así que preparad una manta o un ventilador (según cuán-

do estéis leyendo esto), vuestra bebida favorita, un lugar cómodo, y disfrutad de la lectura.

MUY IMPORTANTE:

No asumo la responsabilidad de escribir sobre hombres que no existen en la vida real. Si conocéis a alguno así..., ¡qué suerte tenéis, queridas!

Un abrazo,

NEREA



Olivia

Mi vida es un desastre. Bueno, más bien, yo soy un desastre. Por lo que, en consecuencia, mi vida también lo es. Queda bastante poco de aquella chica que se mudó al otro lado del globo terráqueo, me entristece pensarlo. Han bastado dos años y medio para replantearme mi existencia y creer que de verdad estoy perdiendo el tiempo.

Cuando llegué, nunca imaginé que me quedaría tanto. Tenía miedo, nunca me había alejado demasiado de mis padres y, siendo muy sincera, no sabía ni freír un huevo. Mi tío y mi padre me acompañaron. Pasamos una semana maravillosa en la que, nada más poner un pie en Nueva York, nos volvimos la típica familia de turistas con un «Hola, soy guiri» escrito en la frente. Supongo que el hecho de que mi padre se comprara una corona de la Estatua de la Libertad de corchopán y se paseara con ella en la cabeza por toda la ciudad no nos ayudó en absoluto. Lo pasamos bien, demasiado bien. Tanto que, cuando fui consciente de que ellos hacían las maletas para volver a España y yo me quedaba aquí, sola, entré en pánico.

Vine a pasar una temporada a la ciudad de los rascacielos

por mi tío. Él vivió aquí parte de su juventud, y la nostalgia con la que hablaba de la Gran Manzana me hizo creer que tal vez, y solo tal vez, yo también podría crear mi propia historia en este lugar.

«Aprenderás inglés. Te vendrá genial, necesitas salir y ver mundo», me dijo mi tío para convencerme de que esto era buena idea.

«Me da mucho miedo quedarme aquí sola», respondí.

Mi tío Albert es como mi segundo padre; no tiene hijos y soy su primera sobrina. Aunque nunca lo ha dicho en voz alta para no ofender al resto de mis primos, nuestra relación siempre ha sido especial.

Gracias al poder de convicción de mi tío y con la excusa de que quería superar mi trauma con los idiomas —siempre fui una negada con el inglés en el instituto—, seduje a mis padres para que consideraran que mudarme a Nueva York un año era buena idea.

Mis padres, a los que adoro, no son idiotas. En el fondo sabían que una parte de mí pedía auxilio, una salida. Mi vida se limitaba a mi familia, incluyendo a mi perrita Sopa —se llama así por mi comida favorita—, mis amigas y mi cámara. La verdad es que, cuando entré en la carrera de Comunicación Audiovisual, pensé que mis estudios me sumergirían en un mundo repleto de cámaras y creatividad, y aunque aprendí muchísimo sobre iluminación, edición y fotografía, al graduarme no me sentí satisfecha. Ese es otro de mis problemas, nunca me siento llena del todo. Tras la decepción de estudiar algo que no me había entusiasmado, creí que un cambio de aires, sobre todo en un sitio como Nueva York, me ayudaría a centrarme y dedicarme a lo que de verdad quería: ser fotógrafa.

—¿Cuándo tienes programado volver a España? —pregunta

Maggie removiendo su *flat white* con vainilla, sacándome de mis pensamientos nostálgicos.

—En julio, cuando empiecen las vacaciones de verano. No puedo dejar tirada a Daisy, ni tampoco a los niños.

Daisy es mi jefa todas las tardes, una señora en edad de jubilarse que me acogió como a un miembro más de su familia al mes y medio de mudarme. Viví en una residencia de estudiantes el primer año y allí me enteraba de muchos trabajos a media jornada, perfectos para compaginarlos con mis clases de inglés. Así fue como conocí a Daisy y su preciosa librería en el Village. Ella buscaba a una persona trabajadora y con experiencia laboral en ese ámbito para que le echara una mano en la librería y que, además, fuera capaz de entretener a un grupo de diez o doce críos los lunes. Quería añadir un taller de cuentacuentos a las múltiples actividades semanales para fomentar la lectura en los más pequeños. Yo no tenía ninguna experiencia en ese campo, ni sabía cómo llevar un taller infantil de cuentacuentos, pero sí tenía ganas de trabajar y mi labia fue suficiente para convencerla. Para mí fue una suerte, porque, además, ¿qué mejor forma de aprender inglés que pasarme la tarde leyendo cuentos para niños? Nivel básico, lo que yo necesitaba.

—¿Y a mí sí me puedes dejar tirada? —refunfuña mi otra jefa y amiga—. ¿Qué voy a hacer sin mi mejor fotografía?

—No puedes decir que te voy a dejar tirada cuando te estoy avisando con algo más de seis meses de antelación.

—No es justo. ¿Qué puedo hacer para que te quedes? —pregunta usando un tono desesperado.

—Maggie, para mí tampoco es fácil. Nunca olvidaré que si sigo viviendo aquí es gracias a que te encontré y me ofreciste trabajo, porque con la librería no me alcanzaba, pero en julio hará tres años que me vine y esto empieza a ser insostenible. No

puedo esperar mi oportunidad como fotógrafa artística eternamente y echo de menos a los míos.

—Sabes que podrías quedarte y ganar mucho más si quisieras, solo tendrías que trabajar a jornada completa para mí. Amo tu trabajo, y los clientes también —lloriquea.

—No es solo por el dinero; mentalmente también me está costando.

Siempre he sido una persona muy familiar, nunca había estado más de dos días fuera de casa cuando me vine, exceptuando el viaje de fin de curso de segundo de bachillerato y el de final de carrera. Con lo que sudé para graduarme, no iba a perdermelo.

Maggie es la razón por la que me he quedado más tiempo del que tenía planeado en Nueva York. La forma en la que nuestros caminos se cruzaron en el momento justo fue maravillosa. Ocurrió en el Little Ruby's, donde estamos en este instante. Se ha convertido en nuestro sitio especial. El día que la conocí, llevaba mi cámara encima. Daisy quería que la ayudara con las redes sociales de la librería a cambio de unos dólares extra y no podía rechazar su oferta. Pedí mi *chai latte* con hielo y, al sentarme en uno de los característicos sofás azules del lugar, una chica rubia se sentó frente a mí.

—¿Recuerdas cuando te encontré aquí? —Ahora es ella la que se está poniendo nostálgica—. Fue mi día de suerte, estaba tan desesperada...

—¿Cómo olvidar el día que una loca desconocida se acercó a mí preguntándome por mi cámara? Llevaba apenas tres meses en la ciudad y pensaba que me iban a robar —digo riéndome con ganas al recordar esa escena.

Maggie es la típica neoyorquina de las películas. Alta, pelo largo y rubio, ojos claros, cara de angelito, la popular *clean girl*

que aparece en los *vlogs* de *influencers* norteamericanas. Vamos, todo lo contrario a mí.

—Acababa de abrir el negocio de mis sueños y no tenía nada —comenta dándome un golpe en el brazo—. En cuanto vi tu cámara supe que no podía perder la oportunidad de preguntarte.

Algo que admiro de ella desde que la conozco es lo directa que es. En nuestros dos años y pico de amistad, se ha lanzado de lleno a por todo aquello que quería..., como en mi caso, pues no todo el mundo se acerca a una desconocida para ofrecerle un puesto de trabajo. Con solo veintitrés años decidió montar GoodWed, su empresa de *wedding planner*, sin tener ni idea. Según ella, el sueño de su vida gracias a todas las películas *Barbie* que había visto de pequeña. Yo siempre he sido más de Bratz.

—Nunca olvidaré cómo me llamaste paliducha en toda la cara.

—¿Me lo reprocharás toda la vida? —responde con falsa indignación—. Solo dije que pensaba que las españolas erais más morenas. ¿Cómo iba a saber que eras de una ciudad en la que llueve todo el rato?

—Tranquila, lo arreglaste cuando empezaste a hablar a cámara lenta al ver que no entendía nada de lo que decías.

—Eras tan mona con tu acento español, parecías Rosalía hablando inglés. —Le da otro sorbo a su café—. Ahora tienes más acento neoyorquino que la mismísima Lindsay Lohan.

—Tampoco te pases —contesto poniendo los ojos en blanco al oír su exageración.

—Algo que no ha cambiado es lo buena que eres con la cámara —afirma sonriendo.

—Solo me regalaste los oídos aquel día, cuando te enseñé algunas de mis fotos, porque no tenías nada mejor.

—¡No soporto que no te valores! —exclama elevando la voz; esta vez su indignación es real—. Tienes una capacidad increíble para captar la energía de la gente. Te voy a echar mucho de menos cuando te vayas. —Me mira haciendo un puchero al pronunciar esas últimas palabras.

—Yo también a ti —respondo inclinándome para darle un abrazo.

Pensar en aquella historia siempre me trae muy buenos recuerdos, pero ahora la nostalgia y la tristeza me invaden. Casi no queda nada de aquella chica que llegó para vivir una aventura animada por su tío, pero que luego consideró la posibilidad de quedarse y abrirse camino como fotógrafa en Nueva York. Mi oportunidad no llegó, o ya pasó. Por eso tomé la decisión de volver a España tras la visita de mis padres en Nochevieja. Aquí me limito a sobrevivir, porque el desorbitado alquiler de mi minúsculo apartamento se me come casi todos los ingresos y, sí, podría trabajar más horas con Maggie, pero, después de muchas conversaciones conmigo misma, me he dado cuenta de que ya no siento la misma ilusión por vivir aquí. Sé que la situación en mi tierra también es complicada, pero, si le dedico más horas a GoodWed el tiempo que me queda, podré regresar con dinero más que suficiente para alquilar un estudio en mi ciudad y estar cerca de mi familia.

«Empire State of Mind», de Alicia Keys y JAY-Z, ha dejado de sonar en mi cabeza hace ya mucho tiempo.



Olivia

Después de mi café con Maggie, nos despedimos y me monto en el metro con la cabeza llena de dudas. Cada vez que hablo con ella de mi regreso a España, llego a casa con el corazón roto. No sé cómo hacerle entender que no es una decisión fácil. Ha sido muy divertido romantizar mi vida en Nueva York estos últimos dos años y medio, pero la Olivia que se quedó al otro lado del charco está empezando a asomar de nuevo.

Cuando abro la puerta de mi apartamento, todo me resulta igual de caótico y reconfortante que siempre. Es tan diminuto que se puede cocinar sentada en el retrete. La encimera apenas da para el fregadero, una minúscula vitrocerámica de dos fuegos y la tabla para cortar. No hay más.

Dos pasos después, estoy en el cuarto de baño, donde tengo un pequeño carro junto al lavabo en el que cada balda tiene su función. La primera, maquillaje y *skincare*; la del medio, secador, plancha y productos para el pelo en general, y, por último, toallas limpias y rollos de papel higiénico en la que queda. Contar con tan poco espacio hace que tengas lo justo y necesario. Nada de caprichos tontos que luego no se pueden guardar. El salón y el

dormitorio se separan con un biombo heredado de Maggie, como si una tela pudiera engañar al espacio. Aun así, es mi refugio.

Aunque me muero por darme una ducha calentita, decido llamar a mis padres antes de que se haga más tarde.

—¡Hola! —me saluda mi padre cuando su cara inunda la pantalla de mi teléfono—. ¿Cómo está la mejor fotografía de Nueva York?

—Ojalá —respondo en un suspiro—. Eso podrás decirlo cuando veas mi trabajo en alguna galería o alguna revista importante. Mientras tanto, solo soy la mejor fotografía de mi piso alquilado en Nueva York.

—Bueno, todavía hay tiempo —añade mi madre asomándose a la pantalla.

—¿En poco más de seis meses? Lo dudo.

—Sobre eso...

—No —corto a mi madre—. Ya he tomado una decisión, me vuelvo a casa —respondo tajante.

—Sabes que podemos seguir ayudándote —interviene mi padre.

—Siempre estaré agradecida por el esfuerzo que hicisteis para que pudiera venir. Sabéis que no estaba pasando por un buen momento personal después de la decepción con mis estudios y que pensé que un cambio radical quizá me ayudara, aunque puse la excusa del inglés y sé que el tío Albert fue decisivo en todo esto —explico, y una ligera risa se me escapa al recordarlo—. Pero ahora mismo no tiene sentido seguir aquí. Vuelvo a tener la misma sensación que hizo que me mudara. Estoy desmotivada. Siento que debo volver.

—Sabes que estamos aquí para lo que necesites, ¿verdad? —me dice mi padre con la mirada fija en mí, una mirada tan tierna que traspasa la pantalla y me transmite su cariño.

—Lo sé, papá. Cambiando de tema, ¿cómo está el tío?

—Ay, tu tío... —responde mi madre con una sonrisa—. Tiene una novia nueva.

—¿Otra? A ver cuánto le dura esta vez —murmuro negando con la cabeza.

Charlamos durante casi una hora en la que mis padres me ponen un poco al día de cómo les ha ido la semana. Cuando colgamos para que puedan irse a dormir, me ducho con agua hirviendo, me hago mi rutina de cuidado facial y, ya con mi pijama supercalentito de Snoopy puesto, me preparo una sopa de limón. He visto la receta esta mañana en TikTok y me muerdo por hacerla. Es la tercera vez que ceno sopa esta semana, pero no me importa en absoluto, es mi plato favorito desde bien pequeña. No soy una experta en la cocina, pero la necesidad de sobrevivir sola me ha dado algo de práctica.

Me siento en el sofá con mi cuenco de sopa sobre una bandeja de galletitas de jengibre porque, sí, estamos a finales de enero y todavía no he quitado la mitad de los adornos navideños, y me pongo un episodio de *Mindhunter* que me haga compañía antes de meterme en la cama.



El estridente sonido de mi telefonillo me despierta de golpe. Estaba teniendo un sueño maravilloso en el que Jacob Elordi me pedía que le hiciera fotos como si de Jack y Rose en *Titanic* se tratase. Un «Píntame como a una de tus chicas francesas» versión fotografía. Como es sábado y no tengo trabajo pendiente, había decidido no ponerme alarmas y levantarme cuando el

cuerpo me lo pidiese. Admito que siempre he sido muy dormilona.

—¿Sí? —respondo por el interfono en medio de un bostezo.

—¡Te necesito! —La voz de Maggie suena en un grito—. ¡Ahora, ábreme!

Pulso el botón de apertura y oigo el eco de los pasos de Maggie retumbando por el vestíbulo.

—¿Qué pasa? —pregunto abriendo la puerta y volviendo a bostezar.

—¡William me ha llamado a las ocho de la mañana para decirme que no puede hacer las fotos de los Verona! —chilla muy alterada—. Al parecer pasó las vacaciones de Navidad con su familia y recibió el año haciendo un ángel en la nieve en bolas, y ahora está enfermo.

La imagen de William haciendo eso inunda mi mente una milésima de segundo.

«¿Qué cojones?», pienso.

—Tranquila, espera... —empiezo a decir para calmarla, hasta que caigo en la cuenta de algo—. ¿La boda de los Verona no es hoy?

—¡Sí! —Se deja caer en el sofá con un suspiro—. Te necesito. Lisa está abajo esperando a que te subas a su coche y me salves el culo. Sarah ya está en el hotel donde se celebrará el enlace.

GoodWed cuenta con una plantilla de varios fotógrafos. William tiene mucha más experiencia que yo, y eso que solo nos separan cinco años. Antes de que Maggie lo fichara, llevaba desde los veintidós en el mundo editorial y había trabajado para varias de las revistas más importantes del país. El caso es que, de la noche a la mañana, lo dejó todo y acabó como fotógrafo de bodas. No tiene nada que ver con sus anteriores proyectos, pero su colaboración ayudó muchísimo a mi jefa a aumentar el prestigio de

la empresa por su brillante currículum. Lisa es una pelirroja adorable que siempre huele a flor de cerezo; una vez fui a pilates con ella y juro que ese maravilloso aroma no abandonó su cuerpo. Me alegra saber que estaré con ella hoy. Nuestra manera de trabajar es más parecida. La última incorporación al equipo de fotógrafos ha sido Sarah, pero ella se encarga de todo lo que tiene que ver con el vídeo.

—Me arreglo lo más rápido posible.

—Gracias, gracias, gracias, eres la mejor —responde Maggie dando un brinco.

La boda de los Verona es el encargo más importante con el que Maggie se ha cruzado desde que fundó su empresa. GoodWed ha crecido muchísimo en tan solo dos años y medio, pero este enlace, por su proyección pública, podría cambiar la vida de mi amiga, para bien o para fatal.

—Oye, recuérdame cómo hemos acabado con este proyecto entre manos... Allison, la novia, es *influencer*, ¿verdad? —le pregunto.

—Claro, tía, es la gran Allison Miller. Este es uno de los encargos más importantes de mi vida, imagínate el bombo que le han dado en redes a GoodWed cuando se ha sabido que la parte gráfica la voy a llevar yo, y todo por la amiga de Allison, aquella a la que llevamos hace tiempo, que nos recomendó.

—Normal, si es que tú has nacido para este trabajo —comento, y es cierto: Maggie es la mejor en lo suyo sin ninguna duda.

—Y tú, para trabajar conmigo. Venga, date prisa que no nos sobra el tiempo —me apremia.

—Ya casi estoy lista —le digo mientras me pongo un traje negro *oversize*, mi favorito para sesiones largas de fotos, ya que puedo moverme con la cámara con total libertad, además de

una camiseta blanca y unas deportivas del mismo color, y observo mi imagen en el espejo. El look me encanta, pero está claro que necesito algo de maquillaje para que no se note que acabo de levantarme.

—¡Que no se te olvide nada, te espero abajo! —grita Maggie, y oigo como cierra la puerta tras de sí.

—Como dicen en España: arreando, que es gerundio —suelto al aire saliendo de mi minúsculo piso mientras repaso mentalmente por última vez mi lista de imprescindibles:

- Cámara principal y de repuesto.
- Flash y luces.
- Baterías.
- Tarjetas de memoria.
- Tres objetivos.
- Cinta adhesiva (nunca se sabe lo que puede pasar).



Olivia

—Hola, compi —me saluda Lisa, que espera junto al maletero para ayudarme a meter el equipo—. ¿Todo bien?

Lisa es la típica persona que siempre tiene una sonrisa en la cara y transmite una paz increíble. Es muy agradable currar con ella. Envidio su pelo cobrizo y su perfume afrutado. Siempre huele tan bien... «Me he puesto desodorante, ¿verdad?». Hago un gesto con la cabeza hacia mi derecha para ver si logro olfatear mi axila con disimulo. «Sí, todo en orden».

—Un poco atacada —contesto, y suspiro dejando caer mi peso en el asiento de atrás en cuanto entro.

—Lo sé. En cuanto me he enterado a primera hora, he insultado a William en todos los idiomas que conozco, incluso en español —me informa mientras se ríe de su gran hazaña.

Lisa habla cinco idiomas: inglés, español, francés, italiano y coreano. Ese último lo aprendió gracias a su pasión por los K-dramas. Está obsesionada. A veces me pide que le hable en español para practicar.

—Como no he tenido ninguna entrevista previa para co-

nocer a los novios, contadme un poco cómo son y qué esperan de la sesión de hoy. Estoy de los nervios.

—Ya sé que te gusta tenerlo todo bajo control. —Maggie mira hacia atrás—. Sin duda es la boda más importante de mi carrera y desearía que esto no hubiese pasado porque no has podido prepararlo. —Soy consciente de que se está aguantando las lágrimas de la ansiedad—. Pero confío en ti, lo vas a hacer genial.

—Sí, sí, lo sé. Confías más en mí que yo misma —le digo notando cómo mis pulsaciones se aceleran—, pero ya sabes que las fotos de las bodas son muy personales y que por eso siempre hacemos al menos una sesión antes de la definitiva en la boda. Conocer a los novios ayuda a saber qué es lo que quieren o lo que esperan del trabajo, qué enfoque prefieren...

—Vale, vale, calma, Olivia. Ya no hay tiempo para eso, pero de verdad que va a salir bien —me corta Maggie, y menos mal que lo hace porque estaba en plena ebullición.

—Si te sirve de algo, en este caso, aunque hubieses estado presente durante la planificación, ahora estarías en las mismas —aclara Lisa—. Michael no apareció en ninguna de las citas previas que agendamos, y Allison excusó la ausencia de su prometido por cuestiones de trabajo, dijo que lo tenían todo hablado y decidido, y nos dio las indicaciones.

—Qué triste... —comento haciendo una mueca—. Así que ¿no sabéis nada de él?

—Se casan la *influencer* del momento y uno de los tíos más ricos del país, ¿qué puede salir mal? —suelta Maggie.

—¿Perdón? ¿Has dicho «uno de los tíos más ricos del país»? —inquiero confusa.

—Michael es el heredero del grupo inmobiliario propietario del hotel Grand Astoria, de cinco estrellas, donde se celebra la

boda, además de ser dueño de su propio bufete de abogados —me informa Maggie—. Uy, sube esa canción, menudo temazo.

«Feather», de Sabrina Carpenter, comienza a sonar en la radio. Lisa sube el volumen y comenzamos a cantar a coro. Adoro este tema y no para de sonar en todas partes. Una de las cosas que me gusta de haber conseguido aprender inglés es que ya no necesito inventarme la letra de las canciones. Muchas veces me daba vergüenza cantarlas en voz alta porque no daba ni una. Ahora las canto a pleno pulmón y encima las entiendo.

—Bueno, pues aquí estamos —dice Lisa quitándose el cinturón en cuanto detiene el coche frente a la puerta principal—. Hotel Grand Astoria.

He pasado muchas veces por delante de este lujoso establecimiento, pero nunca he entrado y, evidentemente, nunca he pasado una noche en él. El edificio se alza cerca de Roosevelt Island, con vistas al East River, y tiene una imponente fachada de color blanco marfil de geometría clásica y cornisas ornamentadas, lo que le otorga ese aire de otra época que parece desafiar al paso del tiempo.

—Buenos días, ¿puedo ayudarlas en algo, señoritas? —pregunta un señor serio y educado que viste un elegante uniforme nada más vernos salir del coche. Sin duda es el portero del hotel.

—Somos de la empresa GoodWed, responsable de la organización de la boda de los Verona —responde Maggie amablemente.

—¿Llevan acreditación?

—¡Claro! Aquí están —contesta mi amiga sacando unas tarjetas de su bolso.

—Perfecto. Descarguen lo que necesiten y luego nuestro *valet* aparcará el coche —nos indica al tiempo que hace un discre-

to gesto con la mano y dos empleados, más jóvenes y también trajeados, hacen acto de presencia.

—Oh, muchísimas gracias —exclama Lisa sorprendida—. Tenga cuidado con el freno de mano, va algo duro... —le indica al chico que le pide las llaves—. Este coche tiene más años que la Constitución —añade riéndose.

El otro chico, sin duda un botones, nos ayuda a entrar todo lo que hemos sacado del maletero.

Desde luego, se nota que es un hotel de categoría. No estamos acostumbradas a este tipo de trato, diría que incluso da un poco de miedo.

El portero del Grand Astoria, que ya había regresado a su puesto, nos abre la puerta amablemente.

—Buenos días —nos dice de nuevo, con una sonrisa tan forzada que da la sensación de que se la hayan cosido a las comisuras.

—Buenos días —respondemos al unísono.

—Chicas, yo me voy corriendo a hablar con los cocineros. Necesito comentarles una cosa sobre la tarta —se excusa Maggie, y desaparece como alma que lleva el diablo.

El vestíbulo tiene los techos más altos que he visto en mi vida, nunca pensé que podían caber tantas lámparas de araña en una sola sala. Todo luce impecable, y los suelos de mármol están tan pulidos que, si en este momento tuviese cinco años, me habría descalzado para fingir que era una patinadora profesional de primera. Antes de que podamos avanzar hasta la recepción, otro empleado se acerca a nosotras.

—Buenos días. ¿Necesitan ayuda? —nos pregunta.

—Esto empieza a ser un poco raro —susurro, y Lisa me da un golpe en el brazo.

—Somos las fotografías de los Verona —informa Lisa ense-

ñando su acreditación—. ¿Podría decirnos en qué habitación se encuentran los novios?

—Por supuesto. Por aquí, por favor. —Nos hace un gesto para que lo sigamos.

Llegamos a los ascensores y, para sorpresa de nadie, un ascensorista también uniformado nos espera dentro. Esta vez no nos pregunta si necesitamos ayuda o a qué piso vamos, porque, antes de que pueda articular palabra, su compañero se lo explica.

—Lleve a las señoritas a las suites del señor Verona y de la futura señora Verona, por favor.

—Desde luego —responde mientras pulsa el número ocho en el gran panel.

La típica música de ascensor, nunca mejor dicho, inunda mis oídos. Me fijo en que el hotel tiene diecinueve plantas... «Madre mía, perfecto para mi miedo a las alturas».

—¿Dónde va a llevarse a cabo la ceremonia? —pregunto curiosa a mi compañera.

—En la *terrace room* cubierta, y el banquete, en el *grand ball-room*, que está en la decimosegunda planta —responde sonriendo.

El sonido de un timbre indica que hemos llegado a nuestro destino. Las puertas del ascensor se abren y el empleado nos hace un gesto indicando que podemos salir.

—La habitación ochocientos uno es la de la futura señora Verona —señala hacia la derecha— y la ochocientos diez, la del señor Verona —añade señalando hacia la izquierda—. Están bien separados por expresa petición de la novia, pues no quiere que el novio vea su vestido antes de tiempo.

—Gracias —respondemos a coro, y las puertas del ascensor se cierran.

—Vamos allá —suspira Lisa—. William suele hacer las fotos del novio, pero si quieres que cambiemos...

—¿Te da miedo Allison? —la corto.

—¿Miedo? Para nada —responde en tono irónico.

—No me importaría hacer un cambio, pero ella ya tiene en mente que serás tú quien haga las fotos. Habéis hablado, sabes lo que quiere —intento tranquilizarla—. Creo que no le haría mucha gracia que le cambiáramos los planes el día de su boda.

—Sí, tienes razón. —Se muerde el labio inferior y echa a andar por el largo pasillo de moqueta granate—. Por cierto, suerte con el novio misterioso —bromea.